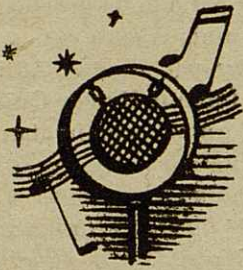


José Morera



Hace aproximadamente dos años que nadie conocía a José Morera. Era uno de los tantos con que nos cruzamos a cada paso, ignorando la forma y la manera de vivir de cada uno de ellos, excepto la personalidad. Dejando aparte, naturalmente, las amistades, que éstas nos conocen sobradamente, con mo-

lestia y perjuicios muchas veces. Y que me perdonen mis intimos...

Pero actualmente Morera ha conseguido un puesto en nuestro pequeño ambiente artístico-musical. Quiero decir que, dado a sus aficiones por el canto, ha conquistado un poco de popularidad y ya no es uno más en el registro civil de nuestro ambiente, sino un muchacho, un buen muchacho, en quintas, con expediente y sin novia, vocalista de una orquesta, que aunque se atrevan a tutearlo, porque la educación va así de esa manera, tiene su pequeña personalidad y un poco más de respeto. Principalmente los de fuera lo consideran así. Uno dice: «trabajo en la fábrica o taller tal», y eso en día de fiesta, que todo son vestidos y zapatos nuevos, que nos olvidamos en verdad quienes somos, equivale a que os miren de pies a cabeza como un animal extraordinario. En cambio ser aquello, pero vocalista, músico o algo por el estilo, de exhibición cara al público, en lo primero principalmente, se es la admiración de las muchachas de los quince a los veinte y tantos, que se entusiasman por las cosas que hablen del amor, del corazón y toda clase de pasiones, y no menos admiración de la chiquillería, pegajosa delante del micrófono.

Pues esto lo ha logrado anónimamente Morera. Con su americana azul, con botones blancos, que le llega hasta las rodillas, con más americana que Morera, la pasea orgulloso en días de actuación. Hay que verlo con su simpatía y sencillez, su cara larga, cabello ondulado, cogiendo amorosamente el micrófono que choca muchas veces con la nuez de su cuello, dispuesta a salir al mayor esfuerzo, cantando sus declaraciones amorosas, cara a todas, sin preferencia (creo yo, al margen de toda intimidad) a ninguna.

No quiero establecer comparaciones con los demás en su género. Todos se desenvuelven a maravilla. Morera canta bien y lo haría mejor si se dejara de imitaciones ríncelistas que le perjudican. Su voz es agradable y da gusto oírlo.

He querido, pues, hacerle algunas preguntas y nos encontramos «vis a vis», pero con un poco de aturdimiento por su parte, porque ignora hacia donde «dispararé» los objetivos:

—¿A qué se debe tu afición al vocalismo?

—Porque me gusta el canto. Y fué por mediación de unos pequeños concursos que se organizaban en la Pista Rosa que me atreví a presentarme. Era eso en la verbena de San Juan del 1946 y precisamente con la orquesta «Iberia». Canté el número «Recuérdame». Fué mi bautismo con el canto.

—¿Así hace dos años que actúas?

—Un año oficialmente con la orquesta «Unión Artística», pero actué con todas las orquestas de una manera desinteresada. Con la «Raybels» actué dos meses y sin ensayo, a primera vista y de gratis. Y también con el quinte-

to que fundó Alberto Cerezo (e. p. d.) supliendo a «Ventura», cobrando diez pesetas para ello.

—¡Caramba que remuneración más pequeña!... ¿Qué números son los que te han complacido más?

—Entre todos prefiero las melodías lentas. Puedo citar de los que me gustan: «Cambio de pareja», de la película «Amanda», «Mi música para ti», de Ramón Evaristo y «Estrellita» que di a conocer y fuí el primero en cantarlo con la orquesta «Selección».

—¿Te gusta la música de jazz?

—Mucho. Soy un asiduo concurrente a la discoteca del Club, y uno de los discos que prefiero es «Glu-Glu», de Duke Ellington, y como orquesta, la de este formidable director.

—¿Puedes darme, pues, tu criterio sobre la música de jazz?

—En su modalidad como música de baile está en consonancia con el tiempo que vivimos. Dinamismo y frenesi con el swing y el boogui, sin olvidar un poco de romanticismo con sus melodías, dulzonas y tristes...

—No olvidarás tu preferencia por algún vocalista extranjero...

—Naturalmente. Y sin discusión prefiero a Frank Sinatra.

—¿Y de los españoles?

—Emilio de la Torre, de la orquesta «Glori's King» y José de Lara, que actuó con la orquesta «Luis Duque» y últimamente con la «Gran Casino».

—¿Tú crees que aquí en España hay quien pudiera alcanzar la fama de un Bing Crosby o Sinatra?

—En absoluto. Hay muchos motivos en contra imposible de enumerar. Uno de ellos el público, que exige de nosotros, la mayoría de veces, lo que no nos place cantar...

—Así, pues, la base de un buen vocalista...

—Procurar siempre dar a conocer lo mejor y que encuadre a nuestra manera interpretativa. La dificultad es que no pueda poseerse un repertorio propio, sino que hayamos de concretarnos a lo que todo el mundo sabe de memoria por haberlo oído con frecuencia en la radio. ¿En esta pasada Fiesta Mayor no has llevado estadística de los «Cáe, Cáes», de los «Linda Mari», de los «Mira que eres linda» que se han interpretado?

—Estuve de vacaciones para no tener que hacerlo... Así, pues ¿No tienes ninguna aspiración?

—Naturalmente que la tengo. Intensificar mis estudios con miras a complacer al público y conseguir más de lo que en realidad soy. ¿No piensas así tú?...

—Pensaba. Ahora ya me ha caído la estrella. Y perdóname, pero soy yo quien pregunto. Y como última ¿Estás complacido del favor que te dispensa el público en donde has actuado y actúas?

—No quiero vanagloriarme de ello, para que no se interprete mal, pero con sinceridad me han correspondido y me corresponden bien...

Y terminamos aquí, con los aplausos del público invisible. José Morera, que tiene una sencilla y buena educación, que gusta de la amistad de todos los músicos, que no se ha engreído lo más mínimo, que siempre está dispuesto a actuar en cualquier orquesta porque le complace, me da unos golpecitos amistosos en la espalda y se despide, dándome un sin fin de gracias ¿Gracias? ¿Por qué?...

GENE

Lee en el próximo número:

“Fiesta grande”

Reportaje, por «Gene»